

la de Minas de Madrid (1884-1922) obra de Velázquez Bosco, albergaba una gran biblioteca con una colección heredada de la Escuela de Almadén, fundada por Carlos III, y al mismo tiempo en una posición simétrica en la organización del edificio, su museo geológico, con el mismo fin didáctico y una disposición similar, una sala de doble altura con los libros en grandes vitrinas de cristal en las paredes y una galería superior para acceder a ellos, con una estructura muy similar a la magnífica biblioteca neogótica, de fundición, del Palacio del Senado en Madrid.

Chicago y New York reproducen dos esquemas urbanos similares en su implantación del dipolo biblioteca-museo. En New York, el Metropolitan Museum (1880) y la Public Library (1899-1901,1911) marcan los dos principales hitos institucionales del lado oeste de la Quinta Avenida, dando fachada a dos grandes espacios verdes de la trama urbana de Manhattan. El Metropolitan está respaldado por el Central Park, mientras que los leones del pórtico de la Biblioteca Pública ocultan a su espalda Bryant Park en el baricentro de la ciudad, en el cruce de la 42 y la Quinta Avenida.

Esa dualidad se reproduce en el esquema de Chicago: el Art Institute (1893-1916) y la antigua Chicago Public Library (1897), ambas obras coetáneas de la firma sucesora de Richardson, Shepley, Rutan & Coolidge, flanquean en el Loop, en pleno centro de la ciudad, ambos lados de la avenida Michigan. El museo actúa de fachada del gran parque y la biblioteca como una de las piezas fundamentales de la fachada de la ciudad mirando al lago. Chicago, que ha mantenido su tradición arquitectónica, ha erigido recientemente una nueva Biblioteca Pública, destinando el antiguo edificio de la avenida Michigan a Centro Cultural de la ciudad. La Harold Washington Library Center (1991), obra de Hammond, Beeby & Babka, denominada en honor del primer alcalde afroamericano de la ciudad, muerto además en su propio despacho oficial, es un gran edificio monumental, una versión post-moderna de una gran fachada Beaux Arts, digna de figurar al final de un gran eje urbano pero difícilmente perceptible en su entorno actual.

París, casi un siglo después, repite ese mismo esquema doble, esta vez a lo largo del Sena, y desplaza su Biblioteca Nacional de las proximidades del Louvre a Tolbiac, en la orilla opuesta, revitalizando otro polo de su crecimiento y constituyendo una de las piezas fundamentales de la Gran Avenida arquitectónica contemporánea en que se va transformando el río. Louvre, Museo d'Orsay, Instituto del Mundo Árabe, Porte Monumentale, Ministerio de Finanzas, Biblioteca Nacional de Francia y Bercy mezclan sus siluetas con la Torre Eiffel, los Inválidos, el Instituto de Francia o Nôtre Dame, convirtiéndose en una de las piezas fundamentales del gran paisaje cultural francés.

Curiosamente, a finales del siglo XX los dos, biblioteca y museo, separados esta vez, han vuelto a constituir las grandes tipologías de moda en las inversiones políticas en arquitectura, en la demostración del interés de invertir en cultura, que se vuelca en los dos grandes representantes del conocimiento, más bien en aquellos dos grandes «almacenes» de sus producciones, en los museos y en las bibliotecas, en los dos grandes símbolos de los finales del milenio.

París implanta una gran pirámide en el Louvre como clave fundamental de la reforma del museo y oculta a los investigadores de su nueva Biblioteca Nacional en una gigantesca pirámide escalonada de madera, al borde del Sena, de la que emergen los grandes volúmenes de los depósitos como cuatro libros transparentes abiertos al bosque que alberga su interior. Los grandes fondos de la biblioteca se muestran al público, al aire, enseñando *urbi et orbe* el volumen inmenso de la cultura francesa. Mientras tanto los investigadores, en un recorrido iniciático, tienen que subir a lo alto de la gran pirámide para descender nuevamente a sus entrañas a través de una rampa mecánica que les introduce en el corazón oculto de la biblioteca, en torno al bosque secreto.

Su importancia como punto de identidad cultural, incluso nacional, quedaba evidente en el Berlín Oeste de los años sesenta. Tres eran las instituciones que reforzaban la identidad de la parte occidental de la ciudad dividida, casi en el límite con el muro, en las proximidades del Tiergarten: la Neue Nationalgalerie (1965-68), el nuevo museo construido por Mies van der Rohe, la Philharmonie (1960-63), la magnífica sala de conciertos construida por Hans Scharoun, y la Staatsbibliothek (1967-76), la gran biblioteca obra, también, de Scharoun. Una selección que es bastante reveladora del concepto cultural alemán.

Emblema académico

La imagen de las bibliotecas vinculada al mundo del conocimiento, la convierte en el edificio más representativo del mundo universitario. Ese vínculo indisoluble hace que Thomas Jefferson, que no solamente fue el presidente más ilustrado de Estados Unidos sino también uno de sus mejores arquitectos, dispusiera en su diseño de la Universidad de Virginia (1817-26), en Charlottesville, la rotonda de la biblioteca como foco del gran espacio del *campus*, con los distintos pabellones conectados a las dos aceras cubiertas que partían de ella. El primer plan maestro (1893-94) creado por McKim, Mead & White, para la Universidad de Columbia en New-

York, seguía el mismo esquema de Virginia, con la gran biblioteca en el centro del conjunto, actuando de foco, y todos los demás elementos de la universidad subordinados a ella. Su carácter de edificio más noble se veía reforzado al ser el único edificio enteramente de piedra y realzado por la serie de terrazas y escalinatas que conducían a ella. Este plan nunca fue completamente realizado y curiosamente uno de los edificios que sí fueron ejecutados por la firma fue otra biblioteca, Avery Hall (1912), probablemente la mejor biblioteca de arquitectura existente en el mundo y que acoge en sus pisos superiores la Escuela de Arquitectura de la universidad. Sí, usted ha leído bien, en Columbia es la biblioteca la que alberga la escuela y no al contrario.

Su importancia en el mundo académico era tan evidente que la Universidad de Pennsylvania, en 1887, avergonzada por el hecho de que era «la última sede de la enseñanza en el país sin una biblioteca», encarga a Frank Furness un nuevo edificio para su biblioteca (1888-91). Furness realizó uno de los edificios más poéticos y representativos de Filadelfia, que ha sido restaurado recientemente por Robert Venturi y cuya sala de lectura, evidentemente, ha sido hace poco uno de los escenarios de la película *Philadelphia*.

De igual modo, una biblioteca incardina en el *campus* de la Ciudad Universitaria de Madrid el símbolo de la cultura iberoamericana en el edificio que crea Antonio Fernández Alba para la Biblioteca Hispánica, en 1979, y por el que obtiene el Premio Nacional de Arquitectura.

Único vínculo

La importancia de la biblioteca fuera del mundo urbano es evidente, constituyendo uno de los pocos instrumentos que nos permiten relacionarnos con nuestra cultura en las pequeñas poblaciones, eso que llaman el equipamiento cultural. Es el propio Alvar Aalto el que en su obra más emblemática, el ayuntamiento de Säynätsälo (1950-52) nos muestra la importancia de una biblioteca en una comunidad rural, aislada en este caso en una pequeña isla situada en un lago al norte de Finlandia. En un conjunto en que la naturaleza entra hasta un patio dominado por la imagen arquetípica de la torre de la sala de juntas comunal, la biblioteca se erige como un elemento aislado, que aunque contribuye a cerrar el patio como corazón de la comunidad, sigue siendo el único edificio independiente del conjunto. Está en el centro, sí, pero relacionada con la población de una forma distinta a la organización administrativa municipal.